

LA FAMILIA DEL MÉDICO

POR EL

PROF. DR. FLORENCIO ESCARDÓ

BUENOS AIRES (ARGENTINA)

LA FAMILIA

MUCHO se ha escrito sobre la familia como entidad jurídica, como unidad social o como expresión histórica; pero la verdad es que sólo ahora, y muy timidamente, comienza a considerársele como un conjunto bio-social funcionante, y, consecutivamente, a investigarse y conocerse el alcance y realidad de sus funciones. Si esta omisión es lamentable como conocimiento general, mucho más lo es como saber concreto, de la pediatría, puesto que la familia es la máquina cultural en la que, indefenso y pasivo, cae el niño por el mero hecho de su nacimiento. Haber considerado al niño en sí mismo es como querer entender de la forma de un líquido sin atenerse a la de su continente, y haber establecido que el famoso binomio madre-hijo podía significar una entidad funcionante aislable es haber segregado artificialmente dos miembros de la totalidad, con la inevitable consecuencia de tornar menos comprensible todavía la funcionalidad del todo.

La literatura se ha complacido en pintar la casa, por lo menos para los hombres, como un remanso de paz en el que se aquietan y apaciguan las nerviosas olas del cotidiano bregar. El hogar aparece, en contraposición de lo de afuera, como un recodo del Leteo en el que se adormecen las torrenceras del afán: la pipa, las pantuflas, el cómodo batín de fumar, el sillón ampuloso bajo la lámpara, el silencio o el rumor que prestigia el silencio; la esposa diligente y discreta, el hijo dormido. Convengamos que un hogar así pintado, a lo que más se parece es al sueño de un solterón, y convengamos también que si el hogar del hombre ha de parecerse a eso, bien poca importancia alcanzará en el despliegue vital de un ser humano en función de integridad y de integración. El hogar no es, no puede ser, un recinto estático y convenido, sino una porción dinámica de una vida en función. Su acción equilibradora y compensatoria no está en cambiar el bullicio en silencio o el movimiento en calma, sino, bien por el contrario, en dar a las sacudidas del ánimo elástica posibilidad de desarrollo sin riesgo de sanción definitiva; aunque sea demasiado esquemático, no sería desacertado definir el hogar como un encauzador de agresiones y como una válvula de tensiones excesivas; allí el hombre y la mujer tienen ocasión y permiso para que sus destemples y arrebatos, sus desniveles de humor y sus me-

lladuras de carácter se desarrollen sin riesgos y se cumplan sin irreparables consecuencias; en el hogar, el agravio y el perdón nacen juntos, y la ofensa y el olvido van de la mano; dentro de la casa todo puede ser movable e inestable menos la resitura espiritual de la casa misma. Durante un minuto, los hermanos se odiarán a muerte, porque al rato volverán a ser hermanos; en el curso de la tarde, la esposa puede sentirse inmensamente abandonada, porque es seguro que a la noche será de nuevo considerada y necesaria; por un mal rato, el hijo se alza en ira contra su padre, pero está seguro que si se enferma lo tendrá anheloso junto a su cama... Los hogares en perfecta armonía son casi siempre grupos de gente que se acompaña, raramente asociaciones humanas que unimisman la vida...

El hombre que no es capaz de entender que la familia es la parte de un concierto vital en el que él lleva la responsabilidad de mantenerlo íntegro, es el que se conforma con el club, con la mancebia convencional y periódica, con el café y con la casa de pensión. Con todo y siendo vitalmente eso, el hogar es y debe ser una parte distinta del resto de la existencia, y es justo y natural que el hombre pretenda encontrar en él, si no una quietud perfecta, al menos y por lo menos una inquietud diferente y tónica; una inquietud que tenga como ingredientes necesarios la esperanza, la solidaridad y la ternura. Quiere el hombre no conceptuarse en su casa «el hombre», ser de presa y de empresa, de pugna y de propugna, sino considerarse y, sobre todo, sentirse el esposo, el hijo, el hermano y, para los de afuera, el generoso huésped, el castellano acogedor. El permitir al hombre cambiar de *status*, «sentirse otro», al franquear el umbral, es una de las más saludables funciones que el ámbito familiar ejerce sobre la cotidiana fatiga del desvivirse para vivir. Por eso, tal vez, la mujer tenga psicológicamente más necesidad que el hombre de salir de la casa; para ella, el buen tránsito está hacia afuera; para él, suele estarlo hacia adentro. Se explica, pues, que los hombres hayan considerado andadero y sano separar el hogar del trabajo; la familia es, con sus pesares y sus gravideces, un *hiatus* de íntegro y de reintegro, cuyo beneficio está en el hecho mismo de la solución de continuidad. El abogado, el ingeniero, el químico, el industrial, el empleado, pueden separar, a poco que lo quieran, su vida íntima de su vida profesional; el hijo de un catedrático, por ejemplo, puede tener sobre la profesión de su padre una referencia más o menos exacta, pero es posible que transcurra toda su infancia sin ver a su progenitor en el ejercicio de su trabajo. Para el médico, tal situación es imposible; la profesión se mete en la casa de mil maneras. Desde la primera hora de la mañana, si no es a la medianoche, el chico ve a su padre en «función de médico», dando consejos por teléfono, discutiendo casos y síntomas, exigiendo precisiones clínicas; el pequeño no tiene que informarse de cómo es la profesión de su padre; la ve en cuerpo y alma desde que abre los ojos. Y así, la esposa; y así, la hermana; y así, la madre; y así, la sirvienta. El trabajo médico, como sacudida humana, se introduce en el hogar de continuo y discontinuo, con el timbre de la calle y el del teléfono, con la presencia directa de las gentes a quien su propia aprensión hace desaprensivas, con el regalo truculento o pintoresco que exige explicaciones y, más que todo eso, con el talante inquieto y el tono sobresaltado del propio médico, que no puede reprimir, ni disimular, ni encubrir su compromiso vital ni en presencia de aquellos a quienes su aflicción aflige. Por otra parte, y por un hecho importante de irradiación funcional, toda familia de un médico es «una familia de médicos»; está marcada de la impronta galénica de su jefe, y la vida que hace es la que

a tal condición corresponde; mientras la familia de un químico, por ejemplo, puede ser sin complicaciones la familia de un señor que ejerce la química y la química no entrar de ninguna manera como ingrediente de su vida íntima, la familia del médico está sacudida e impregnada por el hecho médico; queriendo o no, los chicos y las mujeres de la casa reciben mensajes y comunicaciones que tienen mucho que ver con médicos, y con enfermos, y con remedios, y con prescripciones, y con premuras, y con fallecimientos. El hijo del abogado *sabe* que su padre es letrado; el hijo del médico *siente* que su padre es galeno. Claro está que también sucede otro tanto a quien ejerce su trabajo en la propia casa, como el escritor; pero en el médico la dimensión de lo exterior activo, el mundo de afuera y, sobre todo, del prójimo en estado de crisis, es más intensa y multiforme; más militante e introducida. Ello proviene de que, al fin de cuentas, la medicina íntegramente ejercida no es propiamente una profesión, un oficio o un trabajo tipificado por su calidad laborante, sino que, por la condición ética y psicológica que a tal trabajo se añade en forma inexcusable e irreprochable, se convierte en un «estado»; no el balde se ingresa en ella mediante un juramento que compromete de por vida, no sólo la vida de quien la ejerce, sino, además, la de los que a tal vida se enlazan de un modo continuo y duradero.

LA ESPOSA

Como sucede con la esposa del sacerdote, la esposa del médico conlleva con su marido parte de lo bueno y de lo malo que el ministerio implica.

En lo que hace a la profesión misma en conjunto, la compañera del médico no aborda un problema en esencia distinto al de cualquier otro profesional; comienzo difícil, porvenir incierto, ingratitud segura; los altos y los bajos pueden ser atañaderos más a la vida misma que a la condición de médico; pero hay algunos aspectos en los cuales la esposa del médico padece un trance particular y en cierto modo único, y de tan importante todo, que de cómo lo afronte y resuelva resultará su buena o mala calidad en relación al marido que le ha tocado en suerte o elección. Me refiero al compañerismo, y entiendo por compañerismo la coparticipación personal y anímica en el mayor número de experiencias vividas simultáneamente.

No ignoro que el matrimonio se consagra por una serie de condicionalidades a que no he de referirme aquí; pero me parece exacto que se perfecciona y pulimenta con el compañerismo. La expresión «vida en común» expresa mucho más que una copresencia física; significa la vida sentida, gustada, sufrida y, sobre todo, aprendida en solidaria aventura, en una serie de actos coetáneos y coherentes que, poniendo dos almas frente a un mismo hecho o a una igual situación, van creando poco a poco una sentimentalidad aglutinante, un cemento afectivo que no significa fatalmente igualdad de criterios, pero sí unanimidad en el acorde anímico y en el recuerdo continuamente elaborado; un saber que en el futuro la compañía estará asegurada por la sanción del pasado y por la preconcebida visión del porvenir. El compañerismo es la transtemporal confianza en la compañía; es la compañía que ha pasado sus pruebas. Y en tal sentido, el matrimonio es también compañerismo; pero el compañerismo de la pareja uno de cuyos términos es médico, es harto difícil y delicado; mil obstáculos se oponen a su cumplimiento y a su perfección. Por de pronto, uno de carácter material. En la vida del médico, la distribución de horas y de presencias es casi del todo imprevisible e implanificable; es la urgencia, es la necesidad,

es la impaciencia de los demás la que somete a imprevisto y a premura la vida del médico, rompiendo todo plan y alterando toda programación. A tal punto lo siente así el público, que cuando halla dificultad para encontrar al médico, lo comprueba con tono de reproche y de reprobación; toda ausencia del médico se interpreta como una fuga. La señora del médico, sobre todo al principio de la carrera, tiene que renunciar a los largos y amorosos coloquios, al indefinido quedarse en casa y al abandonado ocio en común con el goce del plan de lo sin plan; siempre vendrá de afuera la palabra imperiosa que dispondrá del tiempo y del reposo. Al fin de cuentas, el compañerismo se irá tejiendo lo mismo, pero como a tetazos, dejando los planteos inconclusos, las conclusiones truncadas y las aclaraciones inciertas; el coloquio se parecerá siempre más al *sandwich* comido de pie entre dos inquietudes, que a la sabrosa y degustada sobremesa. Eso lo saben las compañeras del galeno, que más de una vez o casi siempre se quedan con el sombrero puesto para acudir a una fiesta o con las entradas tomadas para el teatro, o con los baúles listos para el viaje largamente soñado; ellas saben también eso de llegar siempre tarde a las reuniones y eso de andar apresuradas y del festejo íntimo interrumpido por el aviso brusco, y del sueño sobresaltado por el timbre del teléfono o de la calle, y de la casa invadida a cualquier hora por gente extraña y casi siempre desagradable. Saben del comentario avieso porque al enfermo «lo mató» su marido, y del saludo rencoroso del vecino porque creyó que ella le negaba la presencia del esposo cuando el sobrinito se quemó con la plancha...; y de las mil pequeñas cosas que exigen de la esposa del médico una bonhomía, una elasticidad, una comprensión y, sobre todo, una confianza en su esposo cuyos límites van más allá de lo que la vida exige a la mujer de cualquier otro profesional. Pero, al fin y al cabo, éstos son achaques de más o menos que, si mucho apuramos el juicio, también tiene la mujer del político en actividad o del pastor protestante. Algo más delicado y trascendental se opone como una valla continua a la plena intimidad moral del médico y su esposa: ella ve y sufre el *otro lado* de la existencia del médico; la perplejidad ante el caso incierto, la angustia ante la impotencia, la amargura ante la ingratitud, la irritación ante la irrespetuosidad, y, vea como vea a su marino, no debe preguntar mucho, ni calar muy hondo en el motivo, y, sobre todo, no caer en la humana tentación de emitir juicio; debe recibir la confidencia en la medida que se le da, teniendo por descontado que por mucho que su marido se entregue a la confianza siempre quedará una zona ciega, muda y cercada, una inaccesible cámara en la que ella no penetrará jamás y que debe aceptar como inviolable y sacrosanta por encima de toda suspicacia y por encima de toda recelosa sospecha. En la más unida pareja, en la más entregada confianza conyugal, siempre habrá un trozo del alma del marido que la esposa debe ceder a la medicina de un modo directo y consciente, y no se trata de una zona estática, sino de un mundo cambiante, renovado y actual, en el que entran y salen almas cuyo nombre no conoce, pero cuya potencia vital más de una vez sentirá sacudirse tras la frase evasiva o la palabra incolora. Por otra parte y contraparte, aunque teóricamente el médico debe ser un alma sellada y hermética para todo lo que sepa en el ejercicio de su profesión, si se tiene en cuenta que su profesión es su vida y que la esposa es el próximo testigo de esa vida, por poco que el médico tenga un alma sensible (casi no hay médico que no la tenga) necesitará a menudo el repositorio de la confidencia, el desahogo de la inquietud confiada y el apoyo de la incertidumbre compartida. La consecuencia es que, sin escape posible, la compa-

ñera del médico llegará a poseer, aunque no sea más que por involuntario testimonio o por inducción proclive, no pocos de los secretos que su marido tiene por su condición galénica, y, por lo tanto, aunque nada digan las normas deontológicas, ni determinen los códigos morales, ni prevean las máximas éticas, a la mujer del médico alcanza, en no corta medida, la obligación hipocrática del secreto y, sobre todo, la necesidad convivencial de la discreción más afinada. No bastará que se detenga frente al secreto fundamental; también ha de preocuparle el escape de la circunstancia que conduce a la sospecha de la semiverdad, del detalle inductivo, de la alusión sesgada, de la pregunta de contrafilo; en fin, de todas esas ligeras evasiones que en los ambientes pequeños de los grandes ambientes conducen a entreabrir la recámara de aquello que sólo al médico se descubre y que sólo a él se permite conocer o presumir con fundamento. Conozco historias terribles y desagradados profundos originados por la palabra descuidada de la esposa de un médico. Al médico a quien le toque en desgracia una compañera indiscreta no le queda, para defender su profesión y aun su decoro, otro remedio que el hermetismo, y el resultado es que perderá como marido cuanto gane como médico, y de rebote perderá como médico cuanto gana como marido; que en la madurez de la familia todo aislamiento es desintegración. No bastará todavía que la esposa sea discreta con respecto a los pacientes; ha de serlo también, y en grado máximo, con respecto a la profesión en sí y con respecto al propio marido, en cuanto él es doctor. Recordará que el médico es por antonomasia alguien en quien el prójimo apoya su fe y al que se le brinda acatamiento y respeto, más que porque lo merezca como ser singular, porque ello es necesario para la eficacia profunda y para la íntima mecánica del hecho médico. Siéntalo o no la esposa, es su deber fortalecer ese respeto y acrecentar esa fe. La palabra irreverente de la esposa o, simplemente, la revelación de la intimidad corriente, que la trastienda del médico tiene, como todas las profesiones; la manifestación de cómo ella lo ve en su realidad humana en contraposición a cómo los otros lo ven en su papel galénico, puede agrietar su prestigio y socavar su dignidad. En los guardianes del templo reside al máximo el decoro de la religión, y por el esencial planteo de las cosas la casada con el médico forma parte de un sutil mecanismo en el que le corresponde un papel que no le está dado desertar y en cuyo cumplimiento le está reservada una nada pequeña dosis de altísima dignidad. Si admirable y comprometida es la función que el juego social ha asignado a la esposa del médico, no lo es menos el peculiarísimo *status* que el creciente número de mujeres dedicadas a la profesión de Hipócrates ha creado en el esposo de la médica; papel nada fácil de cumplir, ni nada liviano de asumir en nuestra sociedad, monstruosamente antropócrata. Claro está que supongo que aceptan o eligen tal condición hombres selectos que, al vincularse con una médica, saben lo que hacen y aman lo que saben. A ellos incumbe, tal cual como a la esposa, igual discreción, igual confianza, igual respeto, igual falta de entrometimiento, pero por sobre todo sentido valorativo de la jerarquía intelectual de su mujer y solidario gesto con el compromiso que tal jerarquía implica.

LA NOVIA

Si en tanto tenemos y esperamos tanto de la esposa del médico, tal vez no sea ocioso indagar algo sobre la novia, quien, representando un estado previo, da lugar a previsiones y premoniciones que tal vez de alguna manera sirvan de mediativa alerta a las jóvenes que, sin saberlo mucho, van a ligar sus vidas

a vidas tan trabadas e intrincadas cuales son las de los médicos, en las que el triunfo, cuando llega, es tan tardío y tan duramente elaborado. Nada más adecuado al objeto que una cita del gran Ramón y Cajal, cuando plantea el problema en lo que hace al investigador: «Elección de compañera: Tocamos aquí un punto delicadísimo. ¿Qué cualidades han de adornar a la elegida de un hombre de ciencia? Cuestión gravísima, porque hartó sobrado es que los atributos morales de la esposa son decisivos para el éxito de la obra científica. Muchos ciudadanos padecen mujer, pero se la padecen ellos solos; mas de la mujer del sabio sufre, a veces, la sociedad y hasta la Humanidad entera. ¡Cuántas obras importantes fueron interrumpidas por el egoísmo de la joven esposa! ¡Qué de vocaciones frustró la vanidad o el capricho femenino! ¡Cuántos profesores esclarecidos rindiéronse al peso de la coyunda matrimonial, convirtiéndose en vulgares buscadores de oro y rebajándose y esterilizándose con el acaparamiento insaciable de dignidades y prebendas.» (1)

Verdad es que el médico no es un investigador científico ni, mucho menos, lo que se llama un sabio; pero, *salvatis salvandi*, estas palabras pueden aplicarse a él.

El egoísmo de la esposa del médico no frustrará, quizá, descubrimiento alguno, pero arriesga metalizar una profesión cuya plenitud sólo se cumple con el desinterés (2). A veces, por lo menos en nuestro medio, la joven que se pone en relaciones con un futuro médico edifica su legítima ilusión sobre la imagen del doctor importante, prestigioso, rico de haberes y de fama; pero no detiene su sueño en que éste es el resultado final conseguido gracias a un camino con más austeridad que diversiones. Sepa la futura que si su marido no es previamente rico, con los primeros ingresos comprará libros y no cortinajes; con los segundos se suscribirá a revistas en vez de obtener una alfombra; con los terceros se comprará un auto, que usará casi siempre él y casi nunca la pareja, y con los cuartos, el viaje se hará, no a la playa de moda, sino a la tediosa ciudad en que está el hospital que al marido interesa. Tenga presente que si han llegado ya hijos, el marido hará solo el viaje de estudios, y recuerde siempre la frase de Clark, según la cual los primeros diez años del médico son de pan seco; los otros diez, de pan y manteca, y sólo los diez subsiguientes, de Oporto con bizcochos. Proyecte la ilusionada novia su futuro para luego de esos veinte años primeros, y sepa que, entre tanto, el consultorio ocupará casi todo el exiguo departamento y distraerá casi todo el tiempo de la ocasional sirvienta; que en las noches propicias al cine, su esposo se irá a la sociedad médica. Sepa la joven que es así, y si lo acepta, sea con los ojos bien abiertos y el ánimo franco y decidido; de otro modo, hará de su esposo uno de aquellos de quienes dice Ramón y Cajal que se convierten en vulgares buscadores de oro y se rebajan y esterilizan en el acaparamiento insaciable de dignidades y prebendas... La joven con pretensiones de fácil prosperidad no debe casarse con un médico que quiera serlo de veras. Si incurre en tal aventura, corre un riesgo a dos puntas: o desmedicará al médico, o deshará la unión conyugal sumándose a tantas parejas cuya más impregnadora desventura es la apariencia de la felicidad. Un matrimonio sólo ha fracasado completamente cuando un cónyuge sirve al otro para darle una más sutil conciencia de su soledad. Me refiero a la

(1) Ramón y Cajal, S.: *Reglas y consejos sobre Investigación Científica*. Cap. VI.

(2) Véase mi ensayo *El médico y el dinero*, en «*Pediatría, Medicina del Hombre*». El Ateneo, 1951.

novia del médico, e ignoro, claro está, a la asociada conyugal del hombre ambicioso que medra en la medicina como podría hacerlo con un negocio cualquiera. Por su parte, el joven galeno no se case jamás con mujer celosa, porque al serlo será entrometida y, en consecuencia, no respetará aquel sagrado recinto del espíritu profesional de que dijimos antes. Los celos son una forma militante de la desconfianza, y nadie como el médico necesita la confianza de su esposa en lo personal y en lo profesional; si el médico se casa con mujer que de novia mostró ser celosa, no llegará ni a buen médico, ni será buen marido. Y... no digo más, como le gustaba insinuar a Sancho.

Muchos médicos jóvenes han dado en la flor de hacer de las esposas las secretarías de su trabajo profesional, y tal planteo suele realizarse en el noviazgo; piensan que con ello fundamentan un compañerismo, y no puede discutirse que tal pueda ser; en lo que no reparan es que así fundamentan sólo el compañerismo del trabajo, que no es, ni con mucho, el más importante de la vida matrimonial. Por lo demás, ser secretaria entraña siempre una anciliaria condición subordinada, y la esposa es la igual, nunca la subordinada del esposo; puede someterse a servirlo por ternura y auxilio, pero jamás por subordinación; por otra parte, siendo secretaria sabrá de la profesión del marido más de la cuenta y, en consecuencia, cargará sobre sí más peso de obligada discreción de lo que fuera justo. Desde otro ángulo, el problema también es espinoso: el acto médico tiene siempre un carácter íntimo y es inhibitoria para el médico y lo es también para el paciente la presencia de un testigo cuya presencia ha de ser luego continua e irremisible.

No quiere esto decir que en un principio no pueda la cónyuge prestar ayuda directa al trabajo de su esposo, pero tal intervención debe considerarse siempre provisoria y ocasional; va en ello la higiene psíquica de la pareja. Encerrada en el mismo mundo vivencial de su marido, acabará la mujer por no poder ofrecerle esa diversidad de panorama que tanto enriquece la vida conyugal; que no es, como suele decirse, identidad de intereses, sino comunidad de anhelos en diferenciación de intereses. De cualquier manera, no podrá nunca permanecer del todo ajena al mundo intelectual de su marido. Como sin un sentido pasional y desbordante de su menester no se puede ser médico, y sobre todo no se puede continuar siendo médico, el galeno tiene necesidad de sentirse vivir como tal, de continuar en su consuetudinario andar el improrrogable diálogo que está obligado a mantener siempre con el dolor y con la inferioridad, de modo que, aun cuando no lo quiera, mucho hablará siempre en su casa de historias clínicas y de tratamientos esperanzados. La esposa, al fin de cuentas, termina por asimilar gran parte de ese inacabable «colloquium», y, a su manera, sabe un tanto cuánto de Medicina y medicinas. Así se explica que en la «Segunda Asamblea de Editores Médicos de la Asociación Médica Mundial», el doctor Otto Leuch haya pronunciado las siguientes palabras: «En segundo lugar, quiero recordarles, aunque corra el peligro de hacerles sonreír, que un gran número de esposas de médicos, por lo menos en mi país, son lectoras asiduas de diferentes publicaciones médicas para poder hablar a sus esposos, tan sobrecargados de trabajo, acerca de los artículos que ellos deben leer, y haciendo esto para ayudarles en lo que puedan. Consciente de este hecho, el editor, en su propio interés, es inducido a facilitar el trabajo de las esposas usando un lenguaje más comprensible que el que se usa entre los médicos. De vez en cuando, él tal vez tenga éxito escribiendo para ellas, estableciendo así el contacto necesario.» No me animaría yo a valorar cuánto

puede significar que, al redactar un artículo técnico, tengamos que pensar que haya de leerlo, no el médico, sino su esposa; pero si encuentro significativo en altísimo grado que los editores médicos piensen con helvética seriedad que la esposa del médico es una lectora a quien hay que tener en consideración respetable.

Si acaso pudiera dudarse que a la cónyuge está asignada una inevitable porción del estado galénico, un hecho real y pintoresco lo comprueba: la gente buena e ingenua que llama a su doctor y no lo encuentra, tiene fácil tendencia a solicitar el consejo de su esposa, si es ella quien atiende al teléfono. Se cae en la inducción legítima, pero real y poderosa desde el punto de vista psicológico, de que le cabe por proximidad una divina porción de la potencia hipocrática. Lo extraordinario es que, advertida o inadvertidamente, las señoras de los médicos consienten a tal situación, y aconsejan, guían y... prescriben, pero en todo caso tranquilizan, y conozco no pocas que tienen su pequeña «clientela», reducida pero selecta... La raíz anímica del fenómeno es intensamente significativa; se acepta que por simple contacto la mujer del médico tiene que saber algo de medicina, y en consecuencia a ella se extiende en el hecho afectivo parte de la confianza que al médico se brinda; el paciente, creyente al fin, admite que en el recinto del templo reside la divinidad con más intensa presencia y más fácil exorabilidad que en cualquier otro sitio. Moviéndose en el círculo magnético que, pese a todo racionalismo, rodea todavía la acción del médico, la esposa y compañera va adquiriendo advocaciones que tal vez no sospechó al casarse, pero que se van imponiendo a su ánimo si es noble, sensible y solidaria.

Pero, a poco que lo sienta en sí, no se desanime la joven en unir su vida a la del novel galeno; la empresa y la aventura merecen la pena de ser acometidas.

Ettore Debenedetti, en las páginas iniciales de uno de los más hermosos libros que se han escrito sobre el pensamiento médico, stampa estas palabras justicieras y emocionantes:

«Dedico este trabajo a mi mujer.» «Todos los médicos debieran dedicar sus escritos, grandes o modestos, a su mujer. Nuestras compañeras merecen esta restitución.»

La mujer del médico no colabora directamente, pero lleva una carga que el mundo no conoce: la distensión, la calma, la seguridad de un mediodía de vida familiar negada irremediablemente; el pequeño ocio, el espectáculo, el cine, el viaje postergado «sine die» y al último momento; y, además, el teléfono y el timbre de la calle; sacudidas atroces para los nervios de la más equilibrada persona.

Y cuando una mujer de médico sabe comprender y soportar con sereno coraje que llega hasta sostener el de su compañero, es bien justo que el médico lo tenga presente.»

Yo creo, y sobre todo quiero creer, que los médicos lo tienen presente.

Ningún médico puede vivir su profesión con intensa fruición del alma si no conjuga su vida con la de una mujer capaz de ser para él, junto con la esposa del hombre, la compañera del médico; y esta conjugación es tan totalizadora y funcional, que sin ella podrá alcanzar quizá el triunfo económico, el resonante renombre o la jerarquía académica; pero no obtendrá jamás, en ningún jamás, el éxito profundo, integrador y translúcido que nace de ese acuerdo acendrado entre la vida y el trabajo y que se llama vocación cumplida;

el unísono acorde entre el alma y el mundo. Mucho puede hacer la mujer por estorbar el cumplido ciclo de la vida de un médico, y puede hacerlo todo por perfeccionarlo; pero eso no será demasiado si, a la hora del éxito, pone el médico a los pies de su compañera todas las granjerías del triunfo, ya que sin ella no lo obtuviera nunca en plenipotencia y en satisfecha honra. En la tradición hipocrática, la medicina realiza la más alta expresión de la vida, puesto que conduce el espíritu hasta el extremo límite del conocimiento y del misterio; grave y alta tarea la de la esposa eficaz que acompaña dignamente a su cónyuge hasta límite tan excelso y augusto.

El hijo

Dijimos ya que el hijo del médico ve, desde que abre los ojos, a su padre «haciendo de médico»; sabe desde muy pequeño que es «el hijo del doctor», no como un hecho biológico, sino como participando de una dignidad genérica; aprende que cuando su padre está en la casa, está también a medias en el trabajo, y percibe que cualquiera puede interrumpirle en medio de su sueño o de su lectura, y que aun en la más quieta intimidad del hogar es un poco de los ajenos; ve también que su madre tiene a su vez que ocuparse del papá en cuanto a médico, y que al regreso a la casa y apenas expresado el saludo, es común que le diga: «Fulano llamó urgentemente; Mengano dijo que te están esperando.» También ve el hijo cómo la madre, para defender el precario descanso del padre, tiene que inventar subterfugios coherentes y adecuadas mentiras. «Deje su número; el doctor acaba de salir...» Justamente cuando acaba de dormirse.

En trances tales, la escala de valores del pequeño se va construyendo de un modo particular: hay fuera de la casa fuerzas activas de continuo dirigidas hacia las perforables y endebles murallas de la intimidad. Y, además, el padre está demasiado ocupado y preocupado por los demás. Con frecuencia recibo confidencias de colegas que me confiesan con pena que «no tienen tiempo» de atender directamente a sus hijos, y también con frecuencia he oído de sus mujeres esta frase impresionante: «Tiene siempre tiempo para los hijos de otros, pero no para los propios.» ¿Es realmente así? No se trata, cronográficamente, de un problema de «tiempo», sino de un problema de «tempo» en el contexto que esta palabra tiene en el lenguaje musical: la extensión del compás vital. En los años en que los hijos crecen, es justamente cuando el padre lucha más bravamente por su personalidad profesional; los ratos libres no son para el juego fraguado, sino para la revista o el libro; si salen juntos, no es en los largos y deleitosos paseos propicios a la mutua comprensión, sino en el apresurado trahinar de las visitas, llenos de interrupciones, de las que el padre vuelve con el sello de una preocupación y en las que el hijo (a menudo, toda la naciente familia) espera en el auto a la puerta de las más diversas casas y en los más distintos barrios que va conociendo sin fruición y sin descanso, con la inevitable ansiedad de la indefinida espera. Si el papá se desocupa pronto, irán al circo. Pero el papá nunca se desocupa pronto. En el día de la celebración casera, tampoco el papá está mucho tiempo holgado y tranquilo: el teléfono o la intempestiva salida cortan la continuidad familiar y alteran el blando abandono; en cuanto a las fugas al campo o a la playa, no habrá que contar con ellas sino muy de tarde en tarde, por lo menos en el periodo en que el médico «se está haciendo». En la familia del médico, la secuencia afectivofamiliar debe

cumplirse principalmente alrededor de la madre; por eso, no cualquier mujer es apta para ser madre de hijos de médico.

Claro está que hay padres distantes de sus hijos en todo trabajo y en toda condición; pero es que en el médico—como en el marino, como en el viajante, como en el trabajador nocturno—el hecho se realiza por un imperativo profesional que representa, por su permanencia, un clima convivencial. Además, en los casos citados, el padre está o no está, ausencia y presencia son totales y, en consecuencia, asibles como situación psicológica; el médico, en cambio, siempre está a medias, puede salir o puede regresar en cualquier momento; el tono psicológico de su estado familiar lo dan la inseguridad y la inestabilidad. El hijo pierde mucho de su regalo filial, y es por ello compensatorio que, ya grande, descubra de golpe la personalidad de su padre y aprenda a estimarla en el agradecimiento o el respeto de los demás, que se lo expresan al enterarse que «es hijo del doctor». Nadie como el médico siembra en el medio social esa dispersa y vibrátil consideración que el hijo recibe como un reintegro de aquel afecto inmediato que de su padre le quitó a su hora el prójimo impersonal, pero evidente. También y alguna vez recibe a pleno rostro el reproche violento de que su padre mató a Fulano o dejó lisiado a Zutano. «*Vere justum et dignum est... atque salutaris.*»

Tampoco el hijo del médico se enferma como cualquier otro; cuando ello le sucede, está, en la estricta realidad de los hechos, peor atendido que cualquier otro. Porque, o lo asiste el padre, o éste llama a un colega. En el primer caso obran sobre el médico padre las lógicas limitaciones emotivas y sentimentales y las respetables inhibiciones afectivas, las dudas, vacilaciones y angustias que forman parte inevitable de cualquier decisión médica se multiplican con amplia resonancia cuando el paciente es el hijo; lo que aparece simple en cualquiera, se asoma complejo en el heredero, o, por el contrario, un mecanismo de legítima defensa emocional hace que el progenitor tienda a menosvalorar los problemas médicos del hijo.

Es habitual que la madre os diga: «Se lo traigo contra la opinión de mi esposo, quien dice que no es nada; pero a mí me preocupa esto o aquello.» Salvo excepciones, siempre posibles, el padre es mal médico para su hijo. Malo por inadecuación, se entiende. Queda la alternativa de llamar a un colega; entonces el juego de las inhibiciones se intrinca y se coaliga. El elegido siente siempre, aparte de una confraternal responsabilidad de peculiarísimo matiz, que lo están vigilando y controlando. Quiéralo o no el padre solicitante, la asistencia tiene un tono de consulta, y como la medicina es distinta en la cabeza de cada médico, hay siempre zonas de disconformidad y desconfianza. El padre consulta como padre, pero juzga como médico. El mayor tacto, la mayor discreción, la mejor cortesía, no consiguen que la asistencia se cumpla a plena comodidad. El respetable recurso de cambiar de médico cuando no satisface el que se tiene, y que asiste a cualquier hidalgo con sólo quererlo y con sólo pagarlo, es, en el caso del médico, delicado y escabroso planteo.

Todos los médicos sabemos que el caso atípico, intrincado, desconcertador, aparece siempre en el hijo del colega. La explicación de este hecho insólito sólo puede ser una: son las mil invisibles y penetrantes condicionalidades psicológicas y afectivas las que enredan el caso que en cualquier otro niño nos parecerían simples.

Es la acumulación de análisis, o su omisión considerada; es el acúmulo de opiniones, o su premeditada postergación; es el delicado temor a inducir sos-

pechas no fundadas en el ánimo ilustrado del padre; es, en fin, la proyección en el caso clínico de la laberíntica malla de sentimientos y sentimentalidades que ciñe, quíerese o no, el espíritu del médico que asiste al hijo del médico. Y es que el pequeño está comprendido como todo otro familiar, para bien y para mal, en el círculo lleno de sutilezas y de justos misterios que el más simple médico tiene alrededor de sí como la marca de su oficio. En cambio, y en teoría, tiene el hijo del médico la inapreciable ventaja de ser criado según las reglas de la mejor higiene física y mental; digo en teoría, porque nadie es profeta en su casa. Una de las no menores tragedias domésticas del galeno es ver no cumplidos en su propia casa los principios que son el eje de su criterio profesional, porque en ello va la medida de en cuánto aprecia su cónyuge su valimiento y autoridad. He visto graves problemas de conducta en hijos de médicos; claro está que ser médico no implica no ser neurótico, aunque debería implicarlo; tampoco las hijas de las modistas son siempre elegantes, ni los más justos los hijos de los jueces...

LA SIRVIENTA

Dediquemos un párrafo a la sirvienta del médico, al fin y al cabo miembro de la casa y, en no pocas ocasiones, merecedora de nuestra mejor gratitud. Cuando es nueva, su presencia es un pedazo del mundo extramédico irrupto en la casa del médico, que sirve por contrafigura, para comprender cuán llena de asechanzas está la vida del doctor. La buena mujer cae fácilmente en las tretas de los clientes; cree en las imaginarias gravedades, en las fingidas pobreza y en las mentidas premuras; suma su ansiedad a la del paciente que reclama, y su reproche, al descontento que protesta; su colaboración lleva implícito un juicio y una acusación, pues piensa, como el vulgo, que el médico es un monstruo de egoísmo y de frialdad porque come o se baña mientras un enfermo aguarda; presta con oídos asombrados fácil crédito al quejoso que nos denigra y al maligno que nos difama. Pero luego, cuando su trabajo le da la experiencia de la realidad, se pule y solidariza con el espíritu intramural, cobrando meritísima jerarquía. Es entonces la primera que nos acolcha contra el exterior sacudimiento del inadecuado reclamo y de la desbordada impaciencia; quien defiende nuestro sueño y facilita nuestro retiro, y quien, interponiendo su directa y pristina comprensión humana entre dos necesidades, suele alcanzar un justo término medio de ecuaníme equilibrio y de regulada conveniencia. Es a ella a quien prestamos fe cuando nos dice que la llamada es de veras urgente, y es ella a quien confiamos el aviso premonitorio de la noticia desagradable. En ella también se encarna una nada despreciable partícula del espíritu hipocrático, y a su manera, también ella está asistida de la dignidad que en las religiones verdaderas alcanza hasta el último oficiante del culto. Quede aquí, limpiamente impresa, una merecida palabra de gratitud.

Y DEMÁS DEUDOS...

Tiene, por fin, el médico toda esa familia consanguínea y coetánea: los tíos, los sobrinos, los primos, los emparentados, los amigos de juegos infantiles, de barrio y de escuela, que, porque de algún modo compartieron su vida material, se creen con derecho a su asistencia. Unos, los menos, aceptan en él la autoridad y la categoría de la artesanía y del conocimiento; su confianza al médico es la vital proyección de la confianza concedida al hombre de cerca

calibrado; otros, los más, acuden a él con confianzuda llaneza y con el secreto regusto de no guardarle calidad ni respeto, y miran su dignidad profesional reservándose siempre un «Yo lo conocí naranjo» de latente campechanía. Ignoran estas buenas gentes que la distancia psicológica entre el médico y el enfermo no es altivez, no es empaque, sino inexcusable regla del juego (1).

LA INTEGRACIÓN VITAL

La profesión médica es una actividad humana de altísimo signo que confronta problemas bajísimos; sólo puede sobrellevarla con aplomo y dignidad el hombre vitalmente integrado y psicológicamente equilibrado; de un modo y de otro, el médico proyecta su personalidad sobre sus pacientes y sólo cura cuando se da en ellos de un modo pleno e irradiante. Para darse hay que sentirse dueño y señor de sí mismo, y no lo es el hombre cuya familia no sea un plano vital de dinámica estabilidad y una fuente de enriquecedora veta sentimental; la familia se proyecta en el médico como la belleza se proyecta en el artista, cualquiera que sea la categoría de su propia creación. ¿Quiéreme decir esto que el médico tiene que estar casado? No tal; hemos tratado hasta aquí de un tipo corriente de familia: la esposa, el hijo, como entidades figurativas y porque abarcan el caso corriente; pero hay muchos tipos de familias y todas pueden ser igualmente eficaces. Lo que me parece indudable es que el médico necesita una «experiencia familiar» intensamente vivida y profundamente sentida, no como hombre singular, sino en cuanto a médico; célibe o no, necesita un corazón satisfecho y una satisfecha ternura, porque lo mejor de su acción profesional estará, quiéralo o no, colocado bajo el signo inefable del amor al prójimo, lo que es, al fin de cuentas, la forma militante de la ternura. El menester médico marca a quien lo ejerce de un modo definitivo y trascendente; esa trascendencia no se limita al mundo técnico del conocimiento o del misterio, ni al mundo humano del enfermo y el desvalido; lleva su vibración y su sentido a cuanto, como la familia, integra la existencia del hombre que, al llegar a ser médico, se hizo misionero del bien entre los hombres en trance de dolencia.

(1) Sobre el particular, véase mi ensayo *La artesanía del médico*, Edic. de la Facultad de Medicina de Montevideo, Abril 1952.